

queriendo protegerlo, a su hermanito amenazado. Se preguntaba cómo iría ella al Lat Sajeb⁽¹⁾; no, mejor sería que escribiera a la misma Mayarani, a ver si ella rescataba los bienes del niño. ¡Seguramente, la Mayarani no permitiría que el taluk de Yasilpur, que le rentaba a Nilmani setecientas cincuenta y ocho rupias al año, fuese vendido!

Cuando Sasi estaba pensando en ajustarle las cuentas a Upen, ante la misma Mayarani, su hermano cayó enfermo repentinamente, con calentura y convulsiones.

Yoygopal llamó al médico del pueblo. Sasi quería que le viera un médico mejor, y Yoygopal dijo: «Pero si Matilal es buen médico...»

Sasi se arrojó a sus pies, y le suplicó jurando por ella misma. Entonces dijo Yoygopal: «Bueno, se mandará por un médico a la ciudad».

Estaba Sasi echada, con Nilmani en sus brazos. El niño no la dejaba de mirar un instante, y se cogía a ella, no fuese a escapársele con cualquier motivo. Aun dormido, no le soltaba la ropa.

Así se pasó aquel día. Ya anocheado, vino Yoygopal y dijo que el médico no estaba en su casa, que había ido a ver a un enfermo, lejos. Dijo también que él tenía que irse aquella misma noche para un pleito, y que había recomendado a Matilal que viniera todos los días a ver al niño.

Por la noche, Nilmani estuvo delirando. En cuanto amaneció, Sasi, sin reparar en nada, cogió al enfermito, se metió con él en una barca y lo llevó a la ciudad, a casa del médico. El médico estaba; no había salido de la ciudad; y después de acomodar a Sasi, al cuidado de una viuda ya entrada en años, comenzó a tratar a la criatura.

Yoygopal se presentó al día siguiente, hecho una furia, y mandó a su mujer que se volviera a casa, con él, en el acto.

«¡Aunque me hagas pedazos, no volveré!», le contestó Sasi. «¡Queréis entre todos matarme a Nilmani, que no tiene padre, ni madre, que sólo me tiene a mí; pero yo lo salvaré».

IV

DURANTE los fríos, el magistrado giraba una visita al Mofusil, y puso su tienda en el término de la aldea, para cazar por allí. Un día, se tropezó con Nilmani en el meidan. Los otros chiquillos le dejaron paso franco, y no hicieron más que cambiar un poquillo la copla de Chanakia, añadiendo «sajeb» a la lista de «los animales de garrá, colmillo y cuerno». Pero Nilmani, el grave, con curiosidad imperturba-

ble, se quedó contemplando tranquilamente al sajeb. Este, muy divertido del caso, se le acercó y le preguntó en bengalés: «¿Tú lees en la pazsala?»

El muchacho asintió con la cabeza, sin hablar.

«¿Qué patasks⁽¹⁾ lees?», le volvió a preguntar el sajeb.

Como Nilmani no entendía la palabra pastaks, siguió mirando en silencio, en los ojos, al juez. Luego, entusiasmado, se fué a contar el suceso a su hermana.

A mediodía, Yoygopal, vestido con pantalones, chapkan⁽²⁾ y pagri⁽³⁾, fué a hacerle sus zalemas al sajeb, el cual, por el calor que hacía, había sacado la mesa del tribunal fuera de su tienda, y estaba a la sombra libre, rodeado de chaprasis⁽⁴⁾, pleiteantes y alguaciles. El sajeb hizo a Yoygopal tomar una silla, y le preguntó cómo andaba el pueblo. Sentado en semejante lugar de honor, a la vista de todo el mundo, Yoygopal se hinchaba, pensando en lo que dirían los Chakravortis o los Nandis, si alguno de ellos viniera por allí y le viese.

En aquel momento, una mujer muy cubierta, que traía consigo a Nilmani, se presentó decidida al juez. Dijo: «Sajeb, te encomiendo a mi hermano desvalido. ¡Sálvamel!»

El sajeb, al ver al muchacho cabezón y solemne, con quien había estado hablando antes, y creyendo que la mujer debía ser de familia respetable, se levantó en el acto y le dijo a ella: «Le ruego que paséis a la tienda».

La mujer contestó: «Lo que tengo que decir, aquí lo diré».

Yoygopal se retorció, lívido. Los del pueblo, intrigados, tomaron la cosa a

- (1) «Libros», palabra erudita. La corriente es «bois».
 (2) Levitón.
 (3) Turbante.
 (4) Criados. (Notas de la edición inglesa).

500 colones

₡ 500

mensualmente regala entre
sus clientes la FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de ₡ 50 c/u.

Si el número del ticket de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.

diversión y empezaron a querer acercarse; pero el sajeb levantó la vara, y salieron corriendo.

Con Nilmani cogido de la mano, Sasi contó, desde el principio, la historia del huérfano. Yoygopal intentó interrumpirla varias veces, hasta que el magistrado tronó colérico: «¡Chop rao!» Y con la punta de su bastón ordenó a Yoygopal que escuchara de pie.

Rabiando por dentro contra Sasi, Yoygopal se estuvo en pie, sin chistar. Nilmani se apretaba contra su hermana y le oía pasmado.

Terminó Sasi, y el juez hizo unas preguntas a Yoygopal; y oídas sus respuestas, guardó silencio un buen rato. Luego se dirigió a Sasi: «Buena mujer, aunque este asunto es posible que no me toque a mí, esté segura de que yo haré lo que pueda. Vuelva a casa con su hermano, y no tema nada».

Sasi dijo: «Sajeb; mientras Nilmani no recobre su casa, yo no me atrevo a llevarlo a ella. Si usted no le protege consigo, nadie salvará a mi hermano».

«Y usted, ¿qué haría?», le preguntó el sajeb.

«Yo me iré a la casa de mi marido, dijo Sasi; por mí no hay cuidado».

Sonrió el sajeb, y, como no podía hacer más, decidió encargarse de aquel desenchajado, polvoriento y grave niño bengalí, tan pacífico y dulce, con su cuello todo colgado de amuletos.

Cuando Sasi iba a despedirse, Nilmani se cogió a su vestido. «No te asustes tú, baba; vente», le dijo el sajeb. Chorreando lágrimas tras el velo, Sasi le decía: «¡Vete con él, hermano mío, hermano de mi vida, que ya volverás a encontrarte con tu hermana!»

Le abrazó, acariciándole la cabeza y la espalda, y, soltándose de él, se alejó de prisa, mientras el sajeb le echaba el brazo a Nilmani. El niño lloraba más: «¡Hermana, hermana mía!» Sasi se volvió, tendiéndole el brazo con un ademán indecible de silencioso consuelo, y se fué con el corazón destrozado.

Otra vez, marido y mujer se encontraron en la antigua casa familiar. ¡Ley de Prayapati!

Pero su unión no fué muy duradera. Poco tiempo después, se dijo una mañana por el pueblo que Sasi había muerto aquella noche del cólera, y que la habían quemado al momento.

Nadie habló de lo ocurrido, mas que Tara, que a veces se ponía a punto de estallar; pero le cerraban la boca con un «¡Calla!»

Sasi le había prometido a su hermano, al despedirse de él, que volverían a encontrarse. Dónde se cumplió la palabra, nadie lo sabe...

(Hermes. Bilbao. Trad. Zenobia Camprubí de Jiménez).

(1) El Virrey. (Ed. inglesa).